

pero yo niego positivamente esta proposición, que Say emitió porque desconocía la verdadera naturaleza del dinero. Los efectos de la moneda, aunque entre las naciones se produzcan de una manera ménos aparente, y sobre todo ménos inmediata, son exactamente los mismos que se realizan entre los particulares.

Supongamos el caso de una nación que comprase sin cesar toda clase de mercancías, sin dar en cambio más que su dinero. Yo tengo el derecho de hacer esta suposición extrema, como el economista á quien ántes he citado, tenía el derecho de decir que si la Inglaterra nos diese sus productos de balde, los prohibicionistas, para ser consecuentes, deberían gritar: ¡Traición! Yo uso el mismo procedimiento, y para poner de relieve la imposibilidad del régimen contrario, empiezo por suponer una nación que *compra* todo y que no *vende* nada. A pesar de las teorías económicas, todo el mundo sabe lo que esto significa.

¿Qué sucederá, pues?

Que la parte del capital de esta nación que consiste en metales preciosos, se agotará, y que los países vendedores se la enviarán *mediante hipoteca*; lo cual quiere decir que esta nación, como los proletarios romanos destituidos de patrimonio, se venderá á sí misma para vivir.

¿Qué se contesta á esto?

Se replica con el hecho mismo que todo el mundo teme y que es la condenación del libre cambio. Se dice que si el dinero se hace raro en una parte y abundante en la otra, habrá reflujo de los capitales metálicos de las naciones que venden á la nación que compra; que ésta podrá aprovecharse del bajo precio del dinero, y que esta alternativa de alza y baja restablecerá el equilibrio.

— Pero esta explicación es irrisoria. ¿Se dará el dinero de balde? Toda la cuestión está aquí. Por pequeño, por variable que sea el interés de las sumas prestadas, con tal que este interés sea algo, marcará la decadencia lenta ó rápida, continúa ó intermitente del pueblo que, comprando siempre y no vendiendo jamás, toma prestado sin cesar á sus propios mercaderes.

Ahora veremos en qué se convierte un país cuando se obliga por medio de la hipoteca.

Así, pues, la deserción del capital nacional que Say había señalado como la única cosa que podía temerse de una importación excesiva, es inevitable: es cierto que no se realiza por medio del transporte material de los capitales; pero tiene lugar por medio del transporte de la renta y por la pérdida de la propiedad, lo cual es, exactamente, la misma cosa.

Pero los economistas no admiten el caso extremo que nosotros suponemos y que, evidentemente, los condenaría. Observan, con razón, que ningún país trata exclusivamente con el dinero, y que es preciso raciocinar sobre la realidad y no sobre hipótesis. Después de haber llevado los principios hasta sus últimas consecuencias para refutar á sus adversarios, no pueden sufrir que se haga lo mismo con ellos para demostrar la falsedad de su teoría, lo cual es confesar paladinamente que no creen en ella si se trata de aplicarla en todo su rigor. Coloquémonos, pues, en el terreno de la realidad, y veamos si tomando esos principios por el justo medio de los economistas, resultan verdaderos.

Yo, por mi parte, sostengo que el mismo movimiento de deserción se manifestará, si bien con ménos intensidad, aunque en vez de pagar la totalidad de las adquisiciones con dinero, el país importador salde una parte de ellas con sus propios productos.

¿Cómo es posible oscurecer una proposición de evidencia matemática? Si la Francia importa anualmente 100 millones en productos ingleses, y exporta para Inglaterra 90 en los suyos, es claro que los 10 restantes se pagarán con dinero, salvo el caso en que se salden con letras de cambio giradas contra otros países, lo cual está fuera de la hipótesis. En este caso, la Francia irá enajenando 10 millones de su capital cada año; y los enajenará á bajo precio, porque á medida que el préstamo vaya creciendo, es claro que se irá dando poco dinero por una grande hipoteca.

Otro error de los economistas.

No satisfechos con haber asimilado el dinero á las demás mercancías, los adversarios del régimen protector cometen una confusión no ménos grave, asimilando los efectos del alza y baja del dinero á los del alza y baja de los demás productos. Como sobre esta confusión gira principalmente su teoría del libre cambio, nos parece necesario aclarar la cuestión remontándonos á los principios.

El dinero, hemos dicho en el capítulo II, es un valor variable, aunque constituido; los demás productos, ó la inmensa mayoría de ellos, á lo ménos, no sólo son variables en su valor, sino que están entregados á la arbitrariedad. Esto significa que el dinero puede muy bien variar en una plaza en su *cantidad*, y variar de tal modo, que con la misma suma se obtengan más ó ménos productos; pero en su *calidad*, permanece siempre invariable; es decir que, á pesar de las variaciones de la proporcionalidad de la mercancía monetaria, ésta continúa siendo la única aceptable en toda clase de pagos, la soberana de las demás, aquella cuyo valor, por un privilegio transitorio si se quiere, pero real, está social y regularmente determinada en sus oscilaciones, y

cuya preponderancia está invenciblemente establecida. Supongamos que el trigo sube de repente y se sostiene cierto tiempo á un precio extraordinario, mientras que el dinero descende á la tercera ó cuarta parte de su valor: ¿se sigue de aquí que el trigo ocupará el lugar del dinero, que le servirá de medida, que se podrán pagar con él la contribucion, los efectos de comercio, las rentas sobre el Estado, etc., etc.? No, seguramente. Hasta que por una reforma radical en la organizacion de la industria, todos los valores queden constituidos y determinados como la moneda (si es posible que esta constitucion pueda ser algun dia definitiva), el dinero conservará siempre su imperio, y sólo refiriéndose á él se podrá decir, que acumular riqueza es acumular poder.

Ahora bien: cuando los economistas, confundiendo todas estas nociones, dicen que si el dinero escasea en un país, vendrá atraído por el alza, respondo que esta es, precisamente, la prueba de que este país se enajena, y que en eso consiste la desercion de su capital. Y cuando añaden que los capitales metálicos, acumulados en un punto por una exportacion superior, se ven precisados despues á expatriarse y á volver á los sitios donde escasean para emplearse, replico tambien que esa vuelta del dinero es un signo de la decadencia de los pueblos importadores, y un anuncio del imperio financiero que pesa sobre ellos.

Por lo demás, el importante fenómeno de la subalternizacion de los pueblos por el comercio, pasó desapercibido á los economistas porque se detuvieron en la superficie del hecho y no escrutaron las leyes ni las causas. En cuanto á la materialidad del suceso, la percibieron bien, y sólo se equivocaron al apreciar la significacion y las consecuencias. Sobre este

punto, como sobre todos los demás, en sus escritos están reunidas las pruebas que los agobian.

Yo he leído en *Los Debates* del 27 de Julio de 1845, que el valor de las exportaciones de Francia en 1844 fué de 40 millones ménos que las importaciones; y que en 1843, esta misma diferencia habia ascendido á 180 millones. No hablemos de los años anteriores; pero yo pregunto al autor del artículo, que no se olvidó de largar una andanada al sistema mercantil: ¿qué ha sido de esos 200 millones en metálico que sirvieron de pico y que la Francia ha pagado? El alza de los capitales en nuestro país los debió hacer volver: hé ahí lo que debe responder, segun la teoría de J. B. Say. Y en efecto, parece que han vuelto: toda la prensa política é industrial nos hizo saber que una tercera parte de los capitales empleados en nuestros caminos de hierro, por no citar ahora más que esta rama de la especulacion, eran capitales suizos, ingleses y alemanes; que los Consejos de administracion de los mismos estaban compuestos, en parte, de extranjeros, presididos por extranjeros, y que varias vías de las más productivas, entre otras la del Norte, se habian adjudicado á extranjeros. ¿Es esto claro? Pues hechos análogos pasan en todos los puntos del territorio: casi toda la deuda hipotecaria de la Alsacia está inscrita en favor de capitalistas baleses, por cuyo medio el capital nacional vuelve con la estampilla extranjera á convertir en siervos á los que ántes eran propietarios.

Los capitales metálicos volvieron, pues, pero no volvieron de balde: ¿qué se dió en cambio de ellos? ¿Mercancías tal vez? No, porque nuestra importacion es siempre superior á la exportacion; porque, para sostener esta exportacion, tal cual es, nos vemos precisados á defendernos de la importacion; luego es indudable que se cambiaron por rentas, por

dinero, supuesto que, por poco que produzca el dinero, este empleo de los capitales es mejor para los extranjeros que comprar nuestras mercancías, que no necesitan, y que tendrán, al fin, lo mismo que nuestro dinero. Vemos, pues, que enajenamos nuestro patrimonio, y que nos estamos convirtiendo en colonos del extranjero: ¿cómo es posible decir, despues de esto, que cuanto más importamos más ricos nos hacemos?

El lector comprenderá fácilmente que aquí está el nudo de la dificultad; así es que, á pesar del atractivo que tienen los hechos en una polémica de este género, deben ceder ante el análisis; por consiguiente, ruego que se me permita permanecer por algunos momentos más en la teoría pura.

El Sr. Bastiat, este Aquiles del libre cambio, cuya brusca aparicion ha deslumbrado á sus colegas, desconociendo el papel que el dinero desempeña en el cambio y confundiendo, como todos los economistas, el valor regularmente oscilante de la moneda con las fluctuaciones arbitrarias de las mercancías, se arrojó, siguiendo á Say, en un dédalo de argucias capaz, tal vez, de embarazar á un hombre extraño á los asuntos comerciales, pero que se desvanece con la mayor facilidad del mundo ante la verdadera teoría del valor y del cambio, dejando conocer al instante la miseria de las doctrinas económicas.

«Hé ahí, dice el Sr. Bastiat, dos países: A y B.— B tiene toda clase de ventajas sobre A, y vosotros deducís al momento que el trabajo se concentra en A, y que B queda imposibilitado de trabajar.»

¿Quién habla aquí de *concentracion* y de *imposibilidad*? Coloquémonos francamente en el verdadero terreno de la cuestion. Nosotros suponemos dos países que, abandonados á sus facultades propias, pro-

ducen objetos similares ó análogos; pero en abundancia y baratos el uno, y con escasez y caros el otro. Estos dos países, por la hipótesis, no estuvieron nunca relacionados; por consiguiente, no se puede hablar todavía de concentracion del trabajo en uno, ni de imposibilidad de producir en el otro. Es claro que su poblacion y su industria están en razon de sus facultades respectivas: pues bien; se desea saber lo que sucederá en estos dos países desde el momento en que se relacionen por medio del comercio. Esta es la hipótesis: ahora decid si la aceptais ó no.

«A, vende mucho más de lo que compra; B, compra mucho más de lo que vende. Yo podria contestar, pero quiero colocarme en vuestro propio terreno.»

¡Contestad, por Dios!... Nada de concesiones: esa falsa generosidad es desleal y hace concebir dudas.

«En esta hipótesis, el trabajo es muy pedido en A, y bien pronto sube su precio. El hierro, la hulla, las tierras, los alimentos y los capitales son muy pedidos en A, y bien pronto sube tambien su precio.

»Durante ese tiempo, hierro, hulla, tierras, alimentos y capitales, todo está abandonado en B, y bien pronto baja de precio.

»Como A vende siempre y B compra sin cesar, el numerario pasa de B á A; lo cual significa que abunda en este último y falta en el primero.»

Hé ahí la cuestion. ¿Qué sucederá, pues? Que B, á fuerza de aprovecharse de la baratura de A, gastó todo su dinero:

«Pero abundancia de numerario, quiere decir que se necesita mucho para comprar otras cosas. Luego en A, á la carestía real que proviene de un pedido muy activo, se añade otra carestía nominal debida á la desproporcion de los metales preciosos.

»Escasez de numerario, significa que se necesita

poco para cada compra. Luego en B, una baratura nominal se viene á combinar con otra real.»

Detengámonos un momento ántes de llegar á la conclusion que deduce el Sr. Bastiat. A pesar de la claridad de su estilo, este escritor necesita con frecuencia un comentario que lo explique. La baratura nominal y real que se produce en B á consecuencia de sus relaciones con A, es el efecto directo de la superioridad productiva de A; efecto que no puede ser nunca más poderoso que su causa. En otros términos; sean cuales fueren las oscilaciones de los valores cambiables en los dos países considerados respectivamente, y aunque los salarios, la hulla, el hierro, etc., suban en A mientras bajan en B, es evidente que la pretendida baratura que reina en B no puede hacer nunca competencia á la pretendida carestía que se manifiesta en A, supuesto que la primera es resultado de la segunda, y que los industriales de A permanecen siempre dueños del mercado.

Ahora bien: los salarios, es decir, toda clase de productos, no pueden nunca forzar en A el pedido de los empresarios que hacen la exportacion; pedido que se regula á su vez por el mercado de B. Por otra parte, la baja ocasionada en B no puede convertirse nunca, para los explotadores de este país, en un medio que les permita luchar con sus competidores de A, supuesto que esta baja es el resultado de la importacion y no de los recursos naturales del suelo. Sucede en esto con el país importador, lo que con un reloj cuyas pesas llegaron al suelo; para que continúe andando, es necesario que una fuerza extraña le dé cuerda. El Sr. Bastiat identifica el dinero con las demás clases de mercancías, y cree haber encontrado el movimiento perpétuo; pero como esta identidad es falsa, sólo encontró la inercia.

« En estas circunstancias, continúa diciendo nuestro autor, la industria tendrá todo género de motivos; motivos, si así puedo decirlo, elevados á la cuarta potencia, para huir de A y venir á establecerse en B. Y para ser más exactos, debemos decir que ni siquiera habrá esperado este momento; que los cambios bruscos repugnan á la naturaleza, y que desde el principio, dentro de un régimen liberal, se habrá dividido progresivamente entre A y B, segun las leyes de la oferta y del pedido; es decir, segun las leyes de la justicia y de la utilidad.»

Esta conclusion no tendria réplica si no fuese por la observacion que hemos deslizado entre la *carestia nominal* de A y la *baratura real* de B. El señor Bastiat perdió de vista la relacion de causalidad que hace á la mercurial de este país dependiente de la del otro, y se imagina que los metales preciosos se pasearán tranquilamente de A á B y de B á A, como el agua en el nivel, sin más objeto ni más consecuencias que restablecer el equilibrio llenando los vacíos. ¿Por qué no dice lo siguiente, que seria más claro y más cierto: Cuando los obreros de B vean disminuir su salario y su trabajo á consecuencia de la importacion de las mercancías de A, abandonarán su patria é irán á trabajar á este país, como los irlandeses fueron á Inglaterra; y gracias á la competencia que harán á los obreros de A, arruinarán cada vez más á su nacion, al mismo tiempo que aumentarán la miseria general en su patria adoptiva. Entónces, la grande propiedad y la grande miseria reinarán en todas partes, y el equilibrio se restablecerá... ¡Extraño poder de fascinar el que ejercen las palabras!... El Sr. Bastiat acaba de reconocer la decadencia del país B; pero su espíritu, turbado por el alza y la baja, la compensacion y el equilibrio, el nivel, la justicia y el álgebra, toma

lo negro por lo blanco, la obra de Ahrimanes por la de Orsmud, y en esta decadencia manifiesta sólo vé una restauracion.

Cuando los industriales de A, enriquecidos por su comercio con B, no sepan qué hacer de sus capitales, decís que los llevarán á B, y es verdad; pero eso significa que comprarán las casas, las tierras, los bosques, los rios y los pastos de B; que formarán allí sus dominios correspondientes; que tendrán colonos y siervos, y que se convertirán en señores y príncipes, en virtud de la autoridad que más respetan los hombres; la del dinero. Con estos grandes señores feudales, la riqueza nacional expatriada volverá á entrar en el país, llevando consigo la dominacion extranjera y el pauperismo.

Poco importa, por lo demás, que esta revolucion se efectúe de una manera lenta ó repentina. Las transiciones bruscas, como dice muy bien el señor Bastiat, repugnan á la naturaleza; y las conquistas comerciales tienen por medida la diferencia de los gastos de produccion en las naciones invadidas y en las invasoras. Importa poco tambien que la nueva aristocracia venga de fuera ó se componga de indígenas enriquecidos por la banca y la usura, cuando servian de intermediarios entre sus compatriotas y los extranjeros: la revolucion de que me ocupo no se funda esencialmente en una inmigracion de los extranjeros ni en la exportacion del suelo. La division del pueblo en dos castas, bajo la accion del comercio exterior, y el establecimiento de un feudalismo mercantil en un país ántes libre y cuyos habitantes, salvo las demás causas de subalternizacion, podian permanecer iguales; hé ahí la esencia de esta revolucion, el fruto inevitable del comercio libre ejercido en condiciones desfavorables.

¡Cómo!... Porque no hayamos visto el suelo fran-

cés atravesar el canal de la Mancha y perderse en el Tâmesis; porque nuestro gobierno, nuestras leyes y nuestros usos no se hayan modificado; porque no venga una colonia compuesta de todas las naciones con quienes cambiamos á colocarse en el lugar y sitio que ocupan nuestros treinta y cinco millones de habitantes, nada habrá cambiado, según vosotros!... Los despojos del país, devueltos bajo la forma de créditos hipotecarios, dividirán la nación en nobles y siervos; y sin embargo, no habremos perdido nada!... El efecto del libre comercio habrá sido reforzar y acrecentar la acción de las máquinas, de la competencia, del monopolio y del impuesto; y cuando la masa de los trabajadores vencidos, gracias á la invasión extranjera, se vea abandonada en brazos del capital, ¿aun queréis que guarde silencio; y cuando el Estado, lleno de deudas, no tenga más recurso que el de venderse prostituyendo la patria, será preciso que se humille ante el genio sublime de los economistas!...

Y no se diga que exagero. ¿No sabemos todos que Portugal, país políticamente libre, que tiene su rey, su culto, su constitución y su idioma, gracias al tratado de Methuen y al libre cambio, se ha convertido en una colonia inglesa? El economista anglicano ya nos habria hecho perder el conocimiento de la historia; y ¿será cierto, como dice un defensor del trabajo nacional, que el bordelés quiere abrir de nuevo la Francia al inglés, como ya lo hizo en tiempo de Leonor de Guienne? ¿Será verdad que existe una conspiración en nuestro país para vendernos á la aristocracia banquera de la Europa, como los mercaderes del Texas acaban de vender su país á los Estados Unidos?

Uno de nuestros diarios más acreditados y menos sospechosos en cuanto á preocupaciones prohibicio-

nistas, decia: «La cuestión del Texas era, en el fondo, una cuestión de dinero. Sobre el Texas pesaba una deuda muy considerable para un país sin recursos. El Estado tenia por acreedores á casi todos los ciudadanos influyentes, y el objeto principal de éstos consistia en cobrar sus créditos, sin pensar siquiera en quién debia pagarlos. No teniendo nada que vender, *negociaron con la independencia del país*. Creyeron que los Estados Unidos podian pagar mejor que Méjico, y si desde un principio hubiesen querido tomar á su cargo las deudas del Texas, la anexión seria un hecho hace ya mucho tiempo.» (*Constitucional*, 2 Agosto 1845.)

Hé ahí lo que quiso impedir el Sr. Guizot, y lo que no supo explicar desde la tribuna cuando la oposición vino á pedirle cuenta de sus negociaciones relativamente al Texas. ¡Qué terror habria inspirado este ministro á su mayoría de tenderos, si se propusiese desarrollar esta magnífica tesis, tan digna de su talento oratorio: Las influencias mercantiles son la muerte de las nacionalidades, de las cuales sólo dejan subsistir los esqueletos!

El Sr. Bastiat, permítame expresarle aquí todo mi reconocimiento, está penetrado del más puro socialismo: ama, sobre todo, á su país, y profesa sin miedo la doctrina de la igualdad. Si con tanto calor defiende la causa del libre cambio; si se hizo misionero de las ideas de la Liga, es porque le sedujo, como á otros muchos, la palabra LIBERTAD que, por sí misma, sólo expresa una espontaneidad vaga é indefinida, y conviene perfectamente á todos los fanatismos, enemigos eternos de la verdad y de la justicia. Indudablemente; la libertad, para los individuos como para las naciones, implica igualdad; pero es cuando está definida, cuando recibió de la ley su forma y su potencia, y no mientras perma-

nece abandonada á sí misma, desprovista de toda determinacion, como existe en los salvajes. La libertad, comprendida de este modo, es, como la competencia de los economistas, un principio contradictorio, un equívoco funesto. Una nueva prueba de esto la vamos á adquirir bien pronto.

«En definitiva, observa el Sr. Bastiat, no es el don gratuito de la naturaleza lo que pagamos en el cambio, sino el trabajo humano. Yo llamo á mi casa á un obrero que llega con una sierra. Le doy dos francos de jornal y me hace veinticinco tablas. Si no se hubiese inventado la sierra, acaso no hubiese hecho una sola, pero yo le habria pagado su jornal. La *utilidad* producida por la sierra es, pues, para mí, un don gratuito de la naturaleza; ó mejor dicho, es una porcion de la herencia que yo recibo en comun con todos mis hermanos, y que nos dejó la inteligencia de nuestros antecesores... Luego, *la remuneracion no es proporcionada á las utilidades que el productor lleva al mercado*, sino á su trabajo: luego, en fin, el libre cambio, que tiene por objeto hacer gozar á todos los pueblos de las *utilidades gratuitas* de la naturaleza, no puede nunca perjudicar á nadie.»

Yo no sé lo que los Sres. Rossi, Chevalier, Blanqui, Dunoyer, Fix y otros defensores de las puras tradiciones económicas habrán dicho sobre esta doctrina del Sr. Bastiat que, eliminando de un solo golpe todos los monopolios, hace del trabajo el único y soberano árbitro del valor. No seré yo, seguramente, el que ataque la proposicion del Sr. Bastiat, supuesto que, á mis ojos, es el aforismo de la igualdad misma, y por lo tanto, la condenacion del libre cambio tal como los economistas lo entienden.

*¡No es la utilidad gratuita de la naturaleza lo que yo debo pagar, sino el trabajo!* Tal es la ley de la

economía social; ley poco conocida aún, que permanece envuelta en esas especies de mitos que llamamos division del trabajo, máquinas, competencia, etcétera, pero cuya oposicion misma la va descubriendo poco á poco. El Sr. Bastiat, como verdadero discípulo de Smith, ha reconocido y denunciado lo que debe ser, y por consiguiente, lo que viene, *quod fit*, olvidando completamente lo que es. Para que la ley del trabajo, que es la igualdad en el cambio, se cumpla sinceramente, es preciso que todas las contradicciones económicas se resuelvan; lo cual significa, relativamente á la cuestion que nos ocupa, que fuera de la asociacion, la libertad de comercio no es más que la tiranía de la fuerza.

El Sr. Bastiat explica perfectamente de qué modo el uso de la sierra ha llegado á ser un don gratuito; pero es seguro que hoy, con nuestras leyes de monopolio, si la sierra fuese desconocida, el inventor pediria al instante un privilegio de invencion, y se apropiaria, hasta donde posible fuese, el beneficio del instrumento. Pues bien: esa es, precisamente, la condicion de la tierra, de las máquinas, de los capitales y de todos los instrumentos de trabajo; y el Sr. Bastiat parte de una suposicion falsa, ó si se quiere, se adelanta ilegítimamente al porvenir, cuando, oponiendo la competencia al monopolio y las regiones tropicales á las zonas templadas, nos dice: «Si por un feliz milagro, la feracidad de todas las tierras cultivables se aumentase, no seria el agricultor, sino el consumidor, quien recibiria la ventaja de este fenómeno que se resolveria en abundancia y baratura. En cada hectólitro de vino habria ménos trabajo incorporado, y el agricultor sólo podria cambiarlo por un trabajo menor incorporado en otro producto cualquiera.»

Y más adelante: